

Notas de andar y ver

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

Estuve unos días en Washington, la ciudad imposible según Joseph de Maistre. Para el gran reaccionario francés la idea de que el hombre fundara una ciudad era inconcebible. Las ciudades eran hijas de la Providencia, no un producto del capricho humano. Las sociedades nacían del misterio no del decreto. Todo artificio era diabólico. Cuando oyó que los americanos querían plantar su capital en un pantano sentenció: "Podemos apostar mil a uno que esa ciudad no se construirá, ni se llamará Washington ni el congreso tendrá su asiento allí." Contra la convicción de De Maistre, la ciudad existe.

Ciudad culta, burocrática, cosmopolita, sudafricana, Washington es la menos americana de las ciudades americanas, como dice el historiador Daniel Boorstein. En mi estancia vi una preciosa exposición del arte de los olmecas en la National Gallery. Compré un par de buenos discos: uno de Madredeus, un grupo portugués que le ha dado un nuevo aire al fado y un disco de Papa Wemba, un músico de Zaire que ha cantado con Peter Gabriel. Vi también una película escocesa estupenda: *Trainspotting*, la historia de unos heroinómanos en Edimburgo que recuerda, en tono, a *Naranja mecánica*. El director es Danny Boyle, el mismo que hizo *Shallow Grave*, traducida como *Tumba al ras de la tierra*, una película de humor macabro que puede conseguirse en los videoclubes.

Buena pesca de libros: una gruesa compilación de artículos periodísticos del temible periodista de Baltimore, H. L. Mencken: *Political Messianism*; un libro agotado de Talmon, autor de *Los orígenes de la democracia totalitaria*. Conseguí un estudio sobre el cine de Quentin

Tarantino, *The King of Pulp* y una edición de textos del dramaturgo alemán Heiner Müller. De David Held, el autor de *Modelos de democracia*, encontré un estudio sobre la democracia y la globalización: un esfuerzo por repensar las ideas y las instituciones democráticas en el contexto de la política internacionalizada.

Encontré también el ensayo de Avishai Margalit titulado *The Decent Society*, un libro escrito bajo la sombra de Rawls que acaba de publicar Harvard. Es un ensayo de filosofía política que ha recibido reseñas muy elogiosas de Alan Wolfe, Michael Walzer y Alan Ryan. A pesar de lo que podría sugerir el título, no se trata de una defensa de las buenas costumbres. Es un libro que propone un criterio de civilización. Una sociedad decente, apunta el profesor de la Universidad de Jerusalén, es una sociedad cuyas instituciones no humillan a las personas. Esa es la intención del ensayo: construir una sociedad que no humille a sus miembros más débiles. Humillación: "cualquier tipo de comportamiento o condición que constituye una sólida razón para dañar su autoestima". Se humilla cuando se expulsa a alguien de la familia de los hombres.

Estando en Washington me enteré de una controversia divertida y reveladora que ha agitado el mundo académico de los Estados Unidos. O, por lo menos, el mundo de los llamados "estudios

culturales". Resulta que el profesor de física de la Universidad de Nueva York, Alan Sokal, escribió un largo artículo argumentando que los avances en la teoría cuántica tenían importantes implicaciones para la estrategia política de la izquierda. En su trabajo, Sokal llegaba a cuestionar que existiera una realidad externa cuyas propiedades fueran independientes del juicio subjetivo, argumentaba que el "campo morfogenético" confirma

las teorías psicoanalíticas de Lacan y que la física cuántica podría enriquecerse si se destierran sus rasgos elitistas y autoritarios, inyectándole las pertinentes críticas del feminismo y del ecologismo. Sokal tituló su artículo 'Transgrediendo fronteras: hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica', lo mandó a la revista *Social Text...* y se lo publicaron. Pero el artículo era un chiste. El físico se estaba burlando del discurso posmoderno y de la falta de rigor intelectual de los filósofos de moda. En su artículo, Sokal manipuló los conceptos científicos como se le dio la gana, los adornaba con una cita ininteligible de alguna autoridad del posmodernismo y brincaba a una disparatada conclusión políticamente correcta. Los editores de la revista no se dieron cuenta del engaño. Unas semanas después de que la parodia fue publicada por *Social Text*, una prestigiada publicación académica, Sokal escribió un artículo donde explicó las razones de su "experimento con los estudios culturales". Fastidiado por el relajamiento del rigor intelectual en ciertos ámbitos universitarios, pondría a prueba la seriedad de una publicación académica sometiendo a su consideración un artículo salpicado de disparates siempre y cuando a) sonara bien y b) reforzara los prejuicios ideológicos de los editores. Dice Sokal: "En el segundo párrafo declaré, sin la menor evidencia o argumento, que "la realidad física" (...) es, en el fondo, una construcción social y lingüística. No nuestras teorías de la realidad física, sino la realidad misma. Está bien: quien piense que las leyes de la física son meras convenciones sociales está invitado a transgredir esas convenciones desde la ventana de mi departamento. (Vivo en el piso 21.)"

Por supuesto, la burla agitó un pequeño escándalo. Los editores de *Social Text* acusaron al profesor de NYU de traicionar la confianza que depositaron en sus credenciales académicas. Tienen algo de razón. Pero, como experimento, la burla de Sokal fue eficaz: demostró dramáticamente la falta de rigor intelectual del posmodernismo de moda. Pero exhibió igualmente un contrasentido propiamente político. Si la izquierda durante dos siglos se ha identificado con la ciencia, con las luces, el nuevo giro del "progresismo" intelectual pretende abandonar la razón para refugiarse en la palabrería.

El experimento de Sokal alumbra otro fenómeno de la academia de nuestros días: el prestigio del lenguaje confuso. Hacer pasar lo oscuro por profundo. Sokal cita a Derrida, patrono de los deconstructivistas. Permítanme calcarlo también: "La constante einsteniana no es una constante, no es un centro. Es el mismo concepto de variabilidad esto es, finalmente, el concepto del juego. En otras palabras, no es el concepto de *algo* —de un centro desde el cual un observador puede dominar el campo— sino el mismo concepto del juego." No tengo la menor idea de lo que quiere decir Derrida. George Orwell, que entendía el peso de las palabras, argumentaba que no podía haber ningún tipo de regeneración política si no había respeto por el lenguaje. En su brillante ensayo sobre el inglés y la política aporta seis reglas para escribir claramente: 1) nunca uses una metáfora que estés acostumbrado a leer; 2) nunca uses una palabra larga cuando puedas usar una corta; 3) si es posible cortar una palabra, hazlo; 4) nunca uses el pasivo si puedes usar el activo; 5) nunca uses una frase en idioma extranjero o una palabra científica si puedes usar un equivalente en el lenguaje común; 6) rompe cualquiera de estas reglas antes de decir alguna barbaridad.

Hablando del (ab)uso político de la ciencia, vale la pena acercarse al ensayo de Steven Weinberg, que publicó *Vuelta* en marzo de este año. En sus "Pensamientos nocturnos de un físico cuántico", el Premio Nobel también se lanza contra los posmodernos, quienes "no sólo dudan de la objetividad de la ciencia sino que la objetividad les disgusta y agradecerían algo más cálido y turbio que la ciencia moderna". Weinberg dispara con tino

contra el discurso New Age de Vaclav Havel quien criticaba la frialdad de una ciencia que deshumaniza, abogando por una ciencia que aliente la virtud. Lo que le gusta al presidente de Chequia son hipótesis como la de Gaia que supone que la Tierra es un ser vivo. Havel no se acerca a la idea porque sea cierta, sino porque le hace sentir bien.

Si es cierto que el siglo que viene será religioso, empiezan a sentirse impulsos antirracionalistas. "Los científicos de hoy —advierte el físico—, han empezado a sospechar que no son universalmente amados." Son, en algunos sitios, francamente odiados. Ahí está el Unabomber que, matando gente a bombazos, quiso lanzar el grito de una revolución contra el sistema industrial. Una revolución que —como dice en el Manifiesto que el *New York Times* se vio obligado a publicar y que es consultado frecuentemente en el Internet— no tiene como objeto el derrocar al gobierno sino destrozar las bases tecnológicas del mundo. Las ideas de este matemático solitario no son tan extravagantes. Ya Rousseau arremetía contra los vicios de la ciencia. Su famoso discurso sobre las ciencias y las artes concluye con una súplica a Dios: "Regrésanos nuestra inocencia, nuestra ignorancia y nuestra pobreza porque sólo eso nos puede hacer felices y preciosos."